

¡Cuál sonrien compasivamente al ver cómo se atormentan a sí mismos y cuál es el estado de locura de un pobre Don Quijote, y con toda su criminal sabiduría no observan que esa donquijotería es, no obstante, lo más digno de premio que en la vida hay, que es hasta la misma vida, y que esa donquijotería extiende sus poderosas alas por el universo hacia todo lo que filosofa, musita, trabaja y bosteza! Pues la gran masa popular, unida a los filósofos, es, sin saberlo, nada más que un colosal Sancho Panza, que a pesar de su prudente miedo a los azotes y su despejo casero, sigue en todas sus peligrosas aventuras al caballero extraviado, atraído por la recompensa, en que cree por desearla, pero atraído aun más por el místico poder que siempre ejerce el entusiasmo sobre las muchedumbres, según podemos verlo en todas las revoluciones políticas y religiosas y hasta en los más mínimos sucesos que todos los días ocurren.

Así, por ejemplo, querido lector, tú eres involuntariamente el Sancho Panza del poeta loco a quien sigues a través de los laberínticos giros de este libro, cierto que meneando la cabeza, pero no obstante, le sigues.

* * *

La juventud es desinteresada en sus pensamientos y sentimientos, y por esto piensa y siente la verdad del modo más profundo y no va en busca de donde se necesita una imprudente complicidad de palabra o de obra. La gente vieja es egoísta y estrecha de miras; piensa más en los intereses de sus capitales que en los de la humanidad; deja correr tranquilamente su esquife por el canal de la vida y se cuida poco del marino que en alta mar lucha con las olas o escala con tenaz empeño la altura de una burgomaestría o la presidencia de su club, y se encoge de hombros ante las estatuas de los héroes

que el vendaval arroja del pedestal de la gloria; contando a este propósito que ellos también, en su juventud, habían atacado de frente las murallas, pero que después se reconciliaron con ellas, porque la muralla es lo absoluto, la ley, lo que es en sí y por sí, lo que, por ser esto, es también racional; por lo que es irracional todo el que no quiere soportar un absolutismo que, siendo supremamente racional, incontrovertible, está arraigado sólidamente.

¡Ah! pero estos sofistas que nos quieren filosofar acerca de una suave servidumbre, son siempre más dignos de atención que esos infames que, al defender el despotismo, no se fundan en prudentes razones, sino que le defienden con datos históricos como un derecho consuetudinario al que hayan ido acostumbrando poco a poco los hombres en el transcurso de los tiempos, y por tanto, como válido en derecho, con fuerza de ley, como indestructible.

¡Ah! no quiero, como Ham, alzar el velo que cubre la vergüenza de la patria, pero es horrible cómo entre nosotros se ha entendido la esclavitud hasta hacerse charlatana, y cómo filósofos e historiadores alemanes martirizan su cerebro para defender todo despotismo, por necio y desatentado que sea, como racional o como legítimo. El callar es la honra del esclavo — dice Tácito —; pues aquellos filósofos e historiadores afirman lo contrario y muestran cintajos condecorativos en el ojal.

Acaso tengan razón y yo sea solamente un don Quijote, á quien la lectura de toda clase de libros raros ha trastornado la cabeza, precisamente como el hidalgo manchego, siendo Juan Jacobo Rousseau mi Amadis de Gaula, Mirabeau mi Rolán o Agramante, y he estudiado demasiado a fondo los heroicos hechos de los paladines franceses y los de la Tabla Redonda de la Convención nacional. Pero la verdad es que